

madre en voz baja, diciéndole cariñosamente:—¡Déjanos a tu hijo!

* * *

«Deja con nosotros a tu hijo y no te inquietes, madre cariñosa; no entregues su frente pura y su alma cándida a la multitud, que la multitud es un torrente que destroza todo aquello que arrastra. Los niños tienen miedo como los pájaros. Deja que tu hijo se entregue a nuestros aires puros, a nuestros húmedos vapores, a nuestros suspiros ligeros; nosotros sólo le inspiraremos buenos pensamientos y substituiremos a la claridad del alba de su inteligencia, la ardiente luz del día; Dios aparecerá visible ante sus miradas, porque nosotros somos las flores, las ramas, las claridades, la naturaleza, el manantial eterno que mitiga la sed de todas las clases, que lava todas las alas; los bosques y los campos, que sólo comprende el sabio y que forman la educación de los grandes espíritus. Deja que crezca tu niño entre nuestros rumores sublimes. Le saturaremos de esos íntimos aromas que el soplo celestial esparció en todos nuestros dominios, que hacen salir del corazón del hombre y ascender hasta Dios como el canto de un laúd, como el incienso de un pebetero, la esperanza, el amor, la oración y el éxtasis. Haremos que sus ojos se inclinen hacia las sombras

de la tierra, hacia el secreto de todo lo que se presente ante sus pasos. Convertiremos al niño en hombre y al hombre en poeta. Debes escogernos a nosotros para formar sus sentidos, porque nosotros le enseñaremos de qué manera desde el alba hasta la noche, desde las encinas hasta los moscitos, la vida bajo mil aspectos sonríe en las verdes llanuras, llenándolo todo de reflejos, de colores y de sombras. Te lo devolveremos sencillo e iluminado por la contemplación del cielo, y haremos que germine en él por todas partes esa bondad que nace del espectáculo de la naturaleza. Déjanos a tu hijo; le formaremos el corazón de suerte que comprenda a la mujer y el espíritu sencillo, en el que nacerán con facilidad sueños y quimeras; de ese modo tomará a Dios como libro y los campos por gramática, y su alma, como la de todos los soñadores, a la manera que el sol que fecunda las flores, lanzará rayos sobre todas las ideas.»

* * *

Así hablaron, en las horas en que la ciudad estaba dormida, el astro, la planta y el árbol: mi madre los escuchaba.

* * *

¿Cumplieron, hijos míos, su sagrada promesa? Lo ignoro; sólo sé que mi querida madre les

prestó asentimiento, y dispensando que los corazones en que Dios dome del encierro del colegio, pone ecos para todos los rumores confió mi juventud a las tiernas lecciones de la naturaleza. que anima misterioso sentido, en un sonido, en un vago murmullo, oyen y aprenden los consejos de la naturaleza.

* * *

Mayo de 1839.

Desde entonces, esperando que llegase la noche, durante cuyas horas me dedicaba al estudio, todo el día, libre y feliz, podía recorrer según mi capricho el delicioso jardín, contemplando sus dorados frutos, el agua corriente o estancada, los gigantescos árboles, las pintadas flores y los prados y los bosques, que mi espíritu por la noche volvía a ver reflejados en Virgilio como en un espejo.

* * *

Hijos míos, disfrutad de los campos, de los valles, de las fuentes, de los caminos, que la última luz de la tarde llena de voces lejanas; de las olas y de los surcos, en los que germina el pensamiento a la par que germina la espiga. Cogeos de las manos y recorred el parque, y cuando oigáis cantar a un pájaro, imaginad que en sus trinos oís la voz de Dios. La vida, con el choque de pasiones contrarias, os espera; sed buenos, profesad siempre unos a otros cariño fraternal, y unidos contra el mundo que rompe el espíritu, seréis siempre fuertes; no olvidéis nunca que los seres escogidos creados para la poseía y para la ilustración;

XX

AL ESCULTOR DAVID

I

¡David! A la manera que un gran rey reparte, entre los príncipes sus hijos, sus Estados por provincias, Dios concede a cada artista un imperio distinto: al poeta le da la inspiración esparcida por todo el universo, la vida y el pensamiento, el espléndido enjambre de variadas estrofas, que vuelan desde el hombre hasta el ángel y desde el monstruo hasta la flor; al escultor le atribuye el imperio de la forma; al pintor los colores; al músico el mundo indefinible de los sonidos.

* * *

Le da la forma al escultor.— Sí, pero sabes muy bien, tú, que eres eminente escultor, que la forma es el todo y es nada. No es nada sin el espíritu, es todo cuando expresa la idea. Se nece-

sita que, bajo un cielo, a los radiantes fulgores del sol, de pie bajo las lámparas del templo o de noche en un antro sagrado, en el fondo de un bosque dormido o en el escenario de un teatro, la figura de piedra, de cobre o de yeso, ostente inspiradamente, en su frente digna, el rayo de la belleza, el relámpago de la gloria. Poderoso aliento debe prestar movimiento a su nariz; vigorosa fuerza debe henchir su pecho; risueña gracia debe perfilar sus dedos, y en su boca muda debe adivinarse la voz. Preciso es que sea dura y fría al contacto de la mano, pero viva se se la mira, y que ante el pensamiento, ante las miradas del alma y ante las miradas del cielo, ostente su majestuosa desnudez, como estaba Adán desnudo ante la presencia de Dios. Es preciso que, como la casta Venus, surja del seno de las olas, sembrando desde lejos la vida y el amor en el mundo y convirtiendo a su alrededor, en su genial continente, por todas partes donde se derrame y caigan gotas de oro del agua que humedece su cabellera, cada hierba en una flor y cada ojo en una estrella. Se necesita, cuando el arte cristiano anima al escultor, que teniendo el mismo encanto alcance mayor elevación, que ame platónicamente, y sonriendo se burle de Satán, que, en el martirio, cante sufriendo el tormento de la rueda, o que, virgen divina, estrella de los mares, su mirada sea tan amorosa que apacigüe la cólera de las olas.

II

¡Esto es lo que tú conoces, noble escultor; tú, que desde las profundidades del arte te trasladaste al santuario siendo muy joven, para ya no salir jamás de él Espiritu que, posándose sobre las más altas cumbres, para crear tu obra grande y armoniosa te apropiaste de la inspiración de los genios; tú, que eres el maestro a la par severo y tierno, que ilumina a un mismo tiempo con sus dobles rayos de inspiración el joven Rafael y el viejo Miguel Angel; tú, que sabes tan perfectamente cuál es el soplo del genio que algunas veces, como sombrío viento, arrastra al escultor desde la oda ligera hasta la inmensa epopeya.

III

Los grandes hombres, esos héroes o pensadores, esos semidioses, sucesivamente han pasado radiantes por delante de los pueblos; unos armados con la espada, los otros con un libro en la mano; éstos señalando con el dedo el camino que los demás han de recorrer, aquéllos forzando a la causa que brote del efecto; el

artista trayendo una fantasía y el hombre se aventura a penetrar el sabio trayendo un hecho; uno en su sombrío y brillante desierto encuentra el imán, la imprenta, to, y cuando el arte apaga su la brújula; otro descubre un mundo, sed en el manantial purísimo de do, y otro entona versos inspirados que llevan el consuelo al bres, corazones sencillos, espíritus espíritu. Este rey, justo y profundo, para alivio de su fatiga en el camino, lleva francamente la libertad de la mano; aquellos tribunales han puesto freno a las Repúblicas; este sacerdote, fundador de piadosos hospicios, bajo su techo calentado por el aliento de Dios, acoge al niño que carece de madre y al anciano que no tiene casa ni hogar; ese mago, cuyo espíritu estudia las estrellas, levantó uno tras otro todos los velos de Isis; ese juez, aboliendo la infame carreta, ha roto el código, echando de él al verdugo, sembrando de escuelas las aldeas y pensamientos en los corazones; ese otro contuvo en instantes peligrosos con sus poderosas manos a la imponente multitud gran destructora de coronas; otros atravesaron, por un puente poco seguro, la mina que un fuerte encerraba en su flanco, salvando la brecha que hace hundir a una muralla; en esta época burlona y llena de odio, estos nobles poetas cantan en coro a las naciones ensombrecidas y les advierten que son víctimas de la discordia, con la voz augusta y tierna de los campos y de los bosques, porque el himno universal extingue las pasiones; porque sobre todo en los días de revolución es cuando bosquejando el edificio y cons-

IV

¿No es cierto que, silenciosamente, en tu cerebro así se va bosquejando el edificio y cons-

truyéndose la obra? ¿No es esto lo que experimenta tu alma conmovida cuando se remueve dentro de ella un tenebroso panteón? ¿No es así, maestro, cómo se une el hombre a la arquitectura y la idea a la piedra granítica? ¡Qué noble es en esos momentos tu misión! En los umbrales de tu frontón recibes como un huésped la visita de esos hombres superiores. Sobre un bloque de Paros te sientas cara a cara, con todos esos héroes, y allí, ante tus miradas, que no desfallecen jamás, esas sombras, que tú convertirás en bronce o en mármol, se estremecen ante ti. El porvenir te pertenece, el porvenir, que es el fin de todos los deseos y que tu puedes concedérselo a quien tú quieras. Trátalos a todos con eximia equidad, siendo a un mismo tiempo sacerdote y escultor, juez y poeta a la vez, aceptando a este, rechazando a aquel, celebrando a Napoleón y condenando a Atila, engrandeciendo algunas veces al uno con el contraste del otro, quitando de su sitio al guerrero para colocar mejor al apóstol, tú creas dioses! Tú le dices, descendiendo de tu altura, al veterano soldado o al anciano humilde pastor:—«Entrad; os conozco, y voy a coronaros.»—Y tú dices también a los reyes:—«No sé quiénes sois!»

V

Porque no basta haber sido reyes ni haber llevado en la mano el cetro, el globo y la cruz, para que el poeta digno y para que el digno escultor hagan brillar aternamente vuestro negro paño mortuario y os hagan abrir las puertas del Pantheon; vosotros mismos, ¡oh reyes! sois quienes con vuestras propias manos edificáis el edificio de vuestra gloria o de vuestra ignominia. Se puede vencer al mundo, disponer de un pueblo, influir sobre un siglo, curar sus llagas o enconarlas: cuando acabéis de cumplir vuestra respectiva misión, de su cumplimiento saldrá una voz, de odio o de amor, sombría como el ruido que producen los cerrojos en las torres, o tierna como el quejido de la tórtola, que hará conmover las piedras de vuestras tumbas. Esta voz, que es el porvenir, que está inclinado de antemano y que oye desde lejos, no admite adulaciones ni caricias, ni mentiras ni hosannas, no; los vicios repugnantes, las traiciones y los crímenes, así como los sacrificios y las virtudes sublimes, constituyen un testimonio íntegro e irrevocable.

VI

¡Que la inspiración no abandone nunca tu taller! En él, el si-

lencio, el arte, el estudio, que hace transcurrir las horas con rapidez, lanzados en un rincón los ensayos que rechazaste, teniendo a una parte a Juan Goujon y a la otra a Phidias, piedras empujadas a desbarrar, algunas estatuas inmóviles, bustos en actitud de meditar, esparciéndose allí no sé qué tranquilidad que se desprende de los artesones; todo es grandioso, todo encanta. Tú, a quien ilumina el interior del arte divino, miras pasar grave y silenciosamente por tu alma tranquila, a la luz que procede de las regiones celestes, todos los nobles aspectos de la figura humana. Como por el interior de una iglesia transita lentamente y pensativo un gran pueblo, al que un Dios sonríe, esos fantasmas serenos pasan a través de tu espíritu. Vagan en el fondo de tus poéticas fantasías, llenas de sombra y de claridad, de vagos pórticos, que unas veces son palacios dorados, otras dormidas tumbas; secreta arquitectura, inmenso amontonamiento, del que emanan rumores gozosos o plañideros, llena las perspectivas de tu inmenso pensamiento. ¡La antigua Babel, que murió, revive en la imaginación de los soñadores, revive en tu cerebro, David! La espiral se enrosca, el pilar se proyecta, y en el fondo de tu imaginación vegeta el bosque de frondosos capiteles, lleno de pájaros y de flores.

VII

Entre tanto, tú, que recorres senderos desconocidos, petrificador del bronce, moldeador de los pensamientos, hazte cargo de la pequeñez de los hombres y permanece altivo sobre todos los partidos. Conserva la dignidad de tu sublime cincel; no dejes que pase por tu mármol la lima de las sombrías pasiones que roen a tantos espíritus. Miguel Angel tuvo por suya a Roma y tu dominas en París; da, pues, a tu patria el noble ejemplo de que los merecedores viles no entran en el templo, de que los furiosos de los tribunos no penetran en el corazón del artista sagrado. Niega tu arte a las cortes y consagra tus vigilias al pueblo; pero aparta de tus oídos las palabras de los que te adulan en las plazas. Debes en tu taller entregarte a la fantasía y detestar todos los vicios en que esté sumergida la humanidad, gradualmente deslumbrándote con tus propias obras; aquello que esos hombres maquinan destruir o edificar en las tinieblas, no equivale a las miradas que diriges a lo alto buscando la belleza pura, lo grandioso en el arte; su misión es rastrera y la tuya augusta, y no debéis confundiros ni un solo momento en la misma visión, en

la misma ceguera, en los mismos deseos odiosos o insensatos, ellos, que son esclavos de pigmeos, y tú, que eres padre de colosos.

Abril de 1840.

XXI

A UN POETA

Ocultas tu vida, amigo, y difundes tu espíritu. Un cerro cubierto de césped; un barranco, por cuyas escarpadas laderas suban triscando las blancas cabras; un valle cubierto por las ramas de los árboles, cuajados de nidos de pajarillos, murmuradores, parlantes, que el viento mueve blandamente, desde cuya altura cae algunas veces, como cae un zéqui de oro arrojado por una mano distraída, un rayo de sol en tu alma recogida; un montón de rocas, colocadas caprichosamente por la naturaleza para despertar los ecos en el fondo del bosque dormido, es lo que te hace falta para retiro, para vivienda. Allí es donde debes pasar tus días en un hogar situado en uno de esos sitios, que allí se deslizará tu vida tranquila e ignorada, y allí dirigirás tu corazón hacia los niños y tu alma hacia los muertos. Desde allí, al mismo tiempo, puedes lanzar al mundo siguien-

do el capricho de tu vagarosa imaginación, los vuelos libres de tu poesía, que, atravesando por las roncadas ciudades y por los campos taciturnos y elevándose hasta lo infinito, despertará en las almas inmensa corriente de ideas, y tú vives feliz en la obscuridad y gozarás de tranquilidad venerable y sagrada, misterioso pensador. Si alguna vez el viajero, enfermo o desengañado, llega casualmente a tu retiro, podrá aspirar en él la paz, la esperanza, el olvido del cansancio y el olvido del peligro, bebiendo todo eso en tu espíritu límpido, sin sospechar y sin creer que un pueblo entero apaga su sed en el mismo manantial. Sé pequeño como una fuentecilla y grande como un río.

26 de abril de 1839.

XXII

UNA GUITARRA

Gastibelza, hombre armado con la carabina, cantaba de este modo:—«¿Hay alguno en este país que conozca a Doña Sabina? Bailad, cantad, villanos, que la noche se extiende ya por los campos y por la ciudad... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

* * *

¿Quién de vosotros ha conocido a Doña Sabina, mi señora? Su madre era la vieja morisca de Antequera, que por las noches silbaba en la Torre-Magna como un buho... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

* * *

Bailad, cantad. Se han de gozar los bienes que cada hora nos ofrece. Era joven, y sus ojos alegres encerraban fatal augurio, así como eran deslumbradores... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

* * *

Comparada con ella parecía fea la reina, cuando por la tarde pasaban ambas por el puente de Toledo. Un rosario de la época de Carlo-Magno adornaba su cuello... ¡El aire que sopla de la montaña me volverá loco!

* * *

El rey, viéndola tan hermosa, decía a su sobrino:—«Por una sonrisa suya, por un cabello, por un beso, yo daría, infante, toda la España y las tierras del Perú...» ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

* * *

No sé si yo adoraba a esa dama; sólo sé que por una sola de sus miradas cariñosas, yo, que nada poseo, contento hubiera pasado en el presidio diez años de mi vida... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

* * *

Un día clarísimo de verano, un día feliz en que fué a pasear a la playa con su hermana, cuando jugueteaban las dos, alcancé a ver su pie y hasta la rodilla... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

* * *

Quando contemplaba a esa joven, yo, pastor de este cantón, creía ver a la hermosísima Cleopatra, que, según dicen, atado por el cabestro guiaba a su antojo a César, emperador de la Alemania... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

* * *

Bailad, cantad, villanos, que ya llegó la noche. Un día Doña Sabina lo vendió todo; vendió su hermosura de paloma y su amor por una alhaja, por un anillo de oro del conde de Saldaña... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

* * *

Si no me siento en un banco, voy a caer al suelo, porque estoy rendido. Doña Sabina huyó con ese conde por el camino de Cerdaña, y donde fueron no sé... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

* * *

Desde mi choza yo la vi pasar, y ya no supe más de ella. Desde aquel día vivo triste y disgustado, ocioso y pensativo, la vista fija en el camino que ella siguió y con la daga colgada de un clavo. ¡El viento que sopla de la montaña me ha vuelto loco!

5 de mayo de 1836.

XXIII

OTRA GUITARRA

¿Cómo lograremos, suspiraban ellos, huir de los alguaciles con las barquillas de que disponemos? —Remad, decían ellas.

* * *

¿Cómo, suspiraban, olvidar las querellas, miserias y peligros? —Dormid, decían ellas.

* * *

¿Cómo, suspiraban, lograremos encantar a las hermosas sin tener a mano filtros sutiles? —Amad, decían ellas.

18 de julio de 1838.

XXIV

Cuando me hablas de gloria, amargamente sonrío; esa voz, que tú crees veraz, sé yo muy bien que miente. La gloria rápidamente se disipa; la envidia, que ostenta sangrienta antorcha, no perdona a esa estatua que se sienta en el umbral de una tumba. La prosperidad se desvanece; el poder cae y se pierde; el amor que consuela vale más y hace menos ruido.

* * *

No quiero otra cosa en el mundo que tu sonrisa y tu voz cariñosa, aire libre, sombra y flores y rayos de luz en el bosque; sólo quiero que me acompañen en mis alegrías o en mis dolores, tu mirada, que es mi estrella, y tu boca, que es mi flor.

* * *

Bajo tus rosados párpados, que ocultan luz celestial, todo un

universo dormita, pero yo en ellos sólo busco amor. Mi pensamiento, urna profunda llena de magnífico licor, que bastaría para llenar el mundo, sólo quiere llenar tu corazón.

* * *

¡Canta! que te oigo extasiado. ¡Rietel que así soy feliz. Así me olvido de la multitud rumorosa y lejana. Sumido en amorosa embriaguez, en vano, para romper nuestros nudos, veo pasar soñando a los poetas luminosos. Me aconsejan que me separe de ti; pero yo prefiero, a la gloriosa música que me despierta, tus canciones que me adormecen.

* * *

Prefiero a que mi nombre celebrado brille con luz inmortal, que una mitad de mí mismo quede en la tierra para amarte. Deja que en el misterio y en la obscuridad melancólico te adore, que la tristeza es el sitio sombrío donde el amor brilla más. Ángel de ojos radiantes, mujer de vida desgraciada, haz que vuele contigo mi alma bajo tus alas y deja que rinda mi corazón a tus pies.

12 de octubre de 1837.

XXV

AL PASAR POR LA PLAZA DE LUIS XV
UN DÍA DE FIESTA PÚBLICA

—«Soñador, me dijo ella. ¿por qué venís aquí tan triste? ¿Por qué embebido en vuestros pensamientos, venís a meditar a una fiesta pública?»—Mientras ella me preguntaba, apoyando su hermoso brazo en el mío, le contesté:—«En esta plaza fué donde nuestra época inquieta colocó una piedra para ocultar una idea; en esta plaza en un día de brillante sol, la gran nación de la gran ciudad acudió a ver pasar con pompa y fausto a una tierna hermosura, a un ángel, que parecía haber plegado las alas, virgen el día anterior, y que entonces mostraba en su rostro la fresca palidez y el asombro propios de la recién casada; a una mujer que al mismo tiempo era reina, estrella y flor; que unía, para encantar a la multitud por su presencia fascinada, al dulce nombre de Antonieta el sagrado nombre de María. Su príncipe, el esposo, la seguía, y al ver cómo se sonreían uno al otro, el público, que se fijaba en ellos, exclamó:—¡Cuánta dicha!»